



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

Cuento
Poesía
Fotografía

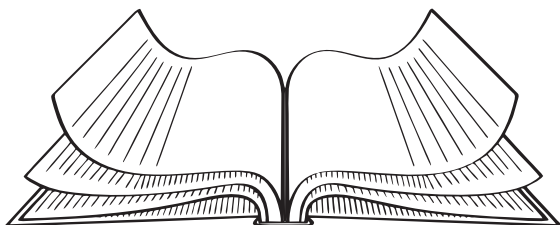
EJEMPLAR GRATUITO
FEBRERO-MARZO
2021



No. **30**



**Escúchanos en
Radio Anáhuac 1670 AM**



PRETEXTOS LITERARIOS
POR ESCRITO

No. 30

www.porescrito.org





PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

www.porescrito.org



PRETEXTOS LITERARIOS

POR ESCRITO

ÍNDICE

HABLANDO POR ESCRITO

RITMOS

Pequeñeces	
Gabriela García Landa	7
Detuve la camioneta	
Mateo Mansilla-Moya	8
En la terraza	
Mateo Mansilla-Moya	9
Me preguntaron por ti ayer	
Eduardo Quintero	10
Silencio	
Graciela Bellon	11
Deshilvanada	
Julieta Fuentes	12
Cadencia	
Julieta Fuentes	14

FIRMAS

La cama	
Virginia Meade	15
Sólo me observan	
Andrea Fischer	17
Virus	
María Elena Sarmiento	23
Al aire	
Cecilia Durán Mena	26
Juan Talamantes: Fotógrafo de muertos	
Cecilia Durán Mena	29

IMAGINARIO

39

VOCES

Captivo

Antonio Vairo Puig..... 42

Hansel

Juan Carlos Padilla Monroy..... 45

La masa oscura: el intento de un texto gótico por episodios

Ilan Jalif Galek..... 48

Los jamones

Francisco Duarte Cué..... 51

¿El diablo sabe más por viejo que por diablo?

Juan Antonio Díaz Becerra..... 54

El caballero más poderoso

Beatriz González Rubin..... 56

Mínimo homenaje a Corín

Eve Gil..... 58

Una lavadora de trastes sería ideal

Mariana Torres Lomelí..... 61

Hablando por escrito

Para las personas que amamos la lectura, lo que leemos acaba siendo una especie de declaración de principios y de memoria alterna. Hay hábitos que nos definen: los atisbos a las redes sociales, los juegos colaborativos en línea, las series de televisión, los libros que elegimos. En estos tiempos de melancolía peligrosa en la que corremos el riesgo de caer en la tentación de afirmar que cualquier forma de pasado es mejor, nuestras lecturas nos tienden una línea de rescate.

Sin embargo, hay la melancolía que nos ha aderezado los últimos meses de la existencia de la Humanidad no puede ser desestimado. No se trata de aferrarnos a la tristeza que nos conduce a la desesperación sino de entender que este sentimiento también nos lleva a un estado meditativo en el que cabe la reflexión. Hace un año, apenas un año, vivíamos en un planeta acelerado con velocidades tan vertiginosas que eran destructivas. Nos estábamos acostumbrando a la obsolescencia programada, al usar y desechar a correr a toda prisa sin meta ni propósito, como El Conejo Blanco de Alicia en el País de las Maravillas.

De pronto, como si se nos hubiera acabado el combustible y hubiéramos olvidado rellenar el tanque, nos quedamos parados. Nos cambió la vida. El tiempo de consumo se agotó, la realidad sustituyó el formato de siempre y se nos abrió una nueva era que todavía no comprendemos en su cabalidad. Aquí se nos abre la gran oportunidad de plantearnos las preguntas que nos ayudan a comprender los cambios históricos. Hay que recordar que lo que significa nuestra naturaleza humana.

En *Pretextos literarios por escrito* queremos empezar este año reflexionando, no en la inmediatez

de lo que está sucediendo, sino en la forma en la que la sociedad distanciada se está transformando. Creemos que la literatura, la poesía, las narraciones, las historias que cuentan las imágenes y la palabra compartida suponen el esfuerzo de mantener el hilo conductor de lo que nos hace humanos.

Para nosotros, esta realidad a la que estamos concurriendo necesita un asidero que nos sostenga. Ésta es nuestra tarea, nuestra misión y nuestro propósito. Ése es el sentido que nos lleva a seguir adelante, que nuestros lectores tengan una cita con los escritores y que en este espacio de coincidencia se pueda encontrar diversión, intriga, tal vez consuelo. Este tiempo de espera ha sido duro y ha sido largo. Todos hemos perdido algo o a alguien. Que este periodo de espera, en este tiempo propio que nos pertenece a nosotros mismos y a nadie más podamos encontrar una mirada cálida, una mano solidaria, unos brazos amorosos.

Por todo esto, con el mismo entusiasmo de siempre, con ustedes el Número 30.



Paúl Núñez

Pequeñeces

Gabriela García Landa

Afuera hay tormenta y mantengo la calma con una taza de té.

Le debo mi vida y mi cordura a toda suerte de pequeñeces.
Las esquinas soleadas y los sueños diurnos salvaron mi fortuna.

Jamás anduve en los sitios correctos.

La lluvia aumenta inundando al barrio de nuevo.
Lo que resta del té se ha enfriado y me invade la añoranza.

Tal vez el futuro sea menos cruel,
o continuaremos ansiando una existencia dócil.

La tempestad no cesa, crece el escándalo
y la desesperanza inducida por la costumbre de perder.

Mas amanecerá pronto y en los callejones encharcados
la luz fabricará ilusiones novedosas.



Detuve la camioneta

Mateo Mansilla-Moya

Detuve la camioneta
cuando un grupo de hombres armados me lo indicó.
Enfrente había un auto estacionado
sobre el boulevard
a un costado del canal Anzaldúa,
un extenso hilo de agua
donde los niños nadaban con dirección al sur
y los hombres pescaban
lo que la corriente
había arrastrado consigo
desde el Río Bravo

La tarde olía a las naranjas
putrefactas
que la gente no recogía
en esa tierra de nadie

El auto estaba rodeado
por personas que cubrían sus rostros
con pasamontañas
y que retenían en su pecho
las siglas de la muerte

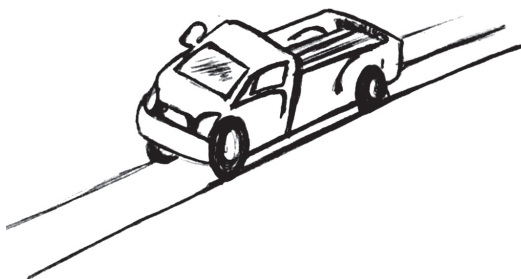
Los sin cara
apuntaban sus fusiles de fuego
a una mujer cuyo rostro
se hundía en el pavimento.
La tomaron por el mecate
que amarraba sus brazos por la espalda

y la arrastraron a la orilla del canal
frente a mis ojos

Ella cayó de rodillas
en un cuadro de pasto seco

El sol quemaba al horizonte
de rojo

A donde se dirigiera el río
sus aguas arrastraban consigo
la muerte.

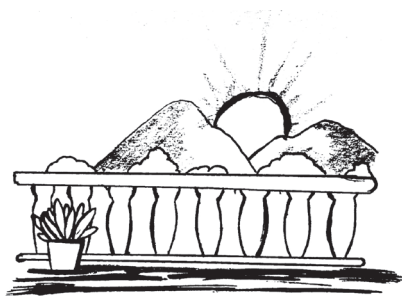


Paúl Núñez

En la terraza

Mateo Mansilla-Moya

En la terraza
se ponía el sol.
El horizonte
dibujado de
ciudad y montañas
se mojaba de naranja
y la humanidad
se difuminaba,
a excepción nuestra
que dialogando
nos inscribíamos
en la luz
de esa tarde dorada.



Paúl Núñez

Me preguntaron por ti ayer

Eduardo Quintero

La pregunta fue estridente

Y las intenciones oscuras.

El recuerdo fue tan intenso

Que se tornó perverso.

Me preguntaron por ti ayer

Y fui honesto.

Les conté que a veces te extraño

Y que hay días en donde te aborrezco.



Les dije que se marchitaron nuestras flores

Y que el cielo está despejado desde que te fuiste. Hablé de mi libertad

Pero también de la tuya.

Les conté que fuiste al psicólogo Y que él se enamoró de ti.

Les platicué de tu amiga

Y de todo el desprecio.

Y ellos me contaron, sin esperarlo,

que lo estabas abrazando,

quisiste saber lo que era tener a alguien más, y te besaste con él en un bar.

Les platicué que toda la ciudad alcanzó a escuchar ese ruido,

Cuando me partiste el corazón, Y me abandonaste el alma.

Me preguntaron por ti ayer

Y todavía hoy sigo escribiéndote. Escuché tu nombre anoche

Y ya amaneció.

Silencio

Graciela Bellon

A Kevin Benson

Silencio,
las manos de la noche
buscan en mi cuerpo
la piel que las detenga.

Leves,
se desplazan
por los bordes;
despejan nubes,
desatan cielos.

Manos que navegan,
y trazan un vuelo obstinado,
un vaivén de barco en la tormenta.
Siguen un itinerario de náufrago sediento
la ruta hasta mi piel.

Siencio.
De pronto,
mi cuerpo,
es la orilla,
el puerto,
la noche alborotada.

Deshilvanada

Julietta Fuentes

Hoy mi sombra se deshilvanó del cuerpo. No sé de dónde sacó voluntad propia y emprendió la huida. ¿Pensó que la vida era un juego?, quizá leyó muchos cuentos o las negras siluetas errantes la convencieron.

Desapareció sin dejar rastro ni huellas de aliento. Perdió la magia de ser el reflejo, el espejismo de los colores de un cuerpo extasiado por la luz de la pasión al amanecer. Ya no podrá ser parte de las vibraciones cambiantes del cielo cuando aparece la luna azul ni del juego de formas teatrales atrás de un reflector multicolor ni de la danza verde de los duendes.

Tal vez ahora sólo pueda vivir en la oscuridad, atrapada sin regreso.

Insensato reflejo de mí misma. ¿Quién se ha creído?



Paúl Núñez

Cadencia

Julieta Fuentes

Árboles, testigos mudos de tus sueños y debilidades, absorben inmutables la vibración de tus pensamientos. El viento mece sus hojas y con ese compás te hace preguntarte si existe comunicación entre ellos y tu conciencia.

Son los únicos que tocan la profundidad de la tierra y al mismo tiempo alcanzan el cielo. Les pertenece el equilibrio básico que contrasta con la irremediable humana obsesión del ego y el anhelo de libertad de una nube a quien también mueve el viento.



Paúl Núñez

La cama

Virginia Meade

Mamá, ¿por qué los papás duermen juntos en la cama? Mi hija me avienta la pregunta sin que haya una red de protección. El impacto lo siento en la cara y luego, luego, en el estómago; ella está atenta a mi reacción; he descubierto que lo mejor es contestar con honestidad porque cuando invento la respuesta, aparece ese mohín tan simpático que grita: no te creo nada.

Le contesto que para mí es un símbolo. Sus padres estamos juntos porque creemos uno en el otro, ella es producto de ese amor. Mi hija me sonrío, su cara resplandece de alegría, y me deja sola en la habitación. Yo me siento en la cama y lloro.

Hace muchos años de esa pregunta; ese día me guardé de decirle que la cama es una planicie donde surgen las flores, desde donde se admiran las estrellas; no le dije que puede convertirse en un campo de batalla con un tremendo arsenal, donde rendirse no necesariamente es una derrota y que la victoria es amarga. Ahí se negocia porque dos generales no siempre están de acuerdo en la misma estrategia. Es el lugar donde se busca consuelo y también, el más solitario del mundo. Como en cualquier geografía hay valles, zonas de silencio, fronteras que dividen, montañas inexpugnables e insondables abismos a los que no quieres llegar. Un lugar que a veces huele a gloria, o a tristeza, o a Vick Vaporub.

Tampoco le he dicho que esta aventura que me trajo a esta cama es lo más loco e insensato que he hecho. Me lancé cubriéndome los ojos en un salto de fe.

Lo que sí quiero decirle es que en la cama recojo

la fuerza para luchar por esa unión que me ofrece certeza y también incomprensión; explicarle que la relación de esta pareja no es aburrida, hay una contienda constante entre la diferencia de opiniones y temperamentos. Que los resentimientos ahí se esconden y no se van aunque se nos perdonen mutuamente. Que recibo más de lo que doy. Ojalá fuera sencillo explicarme por qué me siento valiente y cobarde.



Paúl Núñez

Sólo me observan

Andrea Fischer

Daniel 16-21

Me llamo Daniel Berlín. Vivo sobre la calle de Viena, en Coyoacán, pero voy casi diario al Centro Histórico porque me mandan del trabajo al edificio de Correos. Me gustaría decir que soy editor, pero la verdad es que sólo me encargo de imprimir fotografías de otras personas. Me mandan las imágenes por la plataforma digital del estudio, y se las tengo listas en dos o tres días, dependiendo de qué tan pesada esté la carga de la semana. Al terminar, les mando una notificación para que pasen por ellas al local. Está sobre Ayuntamiento, cerca de mi casa. Pero el pedo es que muchos de los clientes son de fuera, y tengo que mandarles sus impresiones por correo a otras partes del país. Muchas veces, al Bajío.

Llegar hasta Eje Central todos los días se vuelve cansado. A veces pienso que vivo en una ciudad extinta de personas anónimas y perdidas, desmadrada por el tráfico y la gente necia. Como un pozo negro y amplio, más o menos. Luego a ese tipo de lugares les dicen cosmopolitas. Lo cierto es que ya me organicé para ir dos veces por semana, cuando menos, y ya sé que si salgo temprano puedo llegar un poquito después de que abran el servicio. Así me ahorro las colas, pero más que nada, las olas de gente que se arremolinan en la calle a las nueve de la mañana para llegar allá.

Agarro el metro sobre Miguel Ángel de Quevedo, que es la Línea 3. En Hidalgo transbordo a la 2, para bajarme en Bellas Artes. En ese espacio de tiempo, generalmente

una hora, las bestias que se me aparecen cuando cierro los ojos se sientan a mi lado. Ah, es que seguido sueño con leones. Y cuando me subo a los vagones del metro, se echan a mi lado y ronronean. Fuerte, bien fuerte: como lanchas de motores gigantescos. Yo no les hago mucho caso. Sé que no tienen por qué hacerme daño. Me lo dijo alguna vez Esperanza. Sí le creo. Ella veía cosas.

Esperanza le entraba a cosas raras desde que íbamos en la escuela. Me acuerdo de que nunca hablaba con nadie, y prefería quedarse en el salón durante los descansos desde que estábamos bien chiquitos. Ella vivía en la Narvarte, creo, y le quedaba más o menos cerca venir a Coyoacán a estudiar. Su papá la traía diario en coche. Un día, sencillamente eso dejó de pasar. Cuando le pregunté qué había pasado, me dijo:

—Prefiero el metro.

Teníamos, a lo mucho, quince años.

No puedo decir que éramos amigos. Para nada. Pero yo sí me sentía mal de que nadie se le acercaba, y casi por lástima intentaba sacarle plástica de vez en cuando. Alguna vez, escuché a la maestra de matemáticas decirle al de biología que *esa niña estaba salada*. Y la verdad, tenía buenas razones para pensar eso. Nunca se me va a olvidar que un primer día de clases en secundaria, cuando nos pidieron que nos presentáramos ante el grupo, Esperanza se paró enfrente de todos con un tarrito de vidrio lleno de escarabajos vivos, que se retorcían al interior sobre una varita escuálida. Apenas eran las 7:30 de la mañana. La maestra se quedó atónita, porque la chavita ya tenía fama de ser *diferente*.

Esperanza dejó el recipiente sobre la mesa de una de nuestras compañeras y se plantó en la tarima. Sacó un pañito de una de las bolsas de sus pantalones, se quitó los lentes y los limpió con parsimonia. Antes de que nadie dijera nada, se aclaró la garganta y, uno por uno, le adivinó los signos del zodiaco a cada uno de los compañeros del grupo. Con un movimiento brusco, tomó la lista de asistencia de la maestra de la superficie de su escritorio:

—Aguilera, libra; Bermúdez, tauro; Cervantes, capricornio (casi acuario)...

La maestra la paró en seco:

—Señorita, ¿qué hace?

Esperanza se le quedó viendo en silencio unos segundos. Luego le espetó:

—Usted es obviamente aries, del 17 de abril de 1967. ¿Me permite?

La mujer se quedó helada y la dejó continuar hasta que terminó con cada uno de los nombres en la lista. Extrañamente, a mí me saltó. Antes de sentarse de nuevo, dijo:

—Yo nací en año bisiesto. No sé qué suceda en esos casos.

Ésa fue la última vez que participó en clase. Supe que la maestra de matemáticas pidió a la dirección que citara a sus padres para notificarles de las conductas *disidentes* de su hija. Por lo demás, creo que surtió efecto, porque Esperanza volvió a meter la nariz en sus libros de *esoterias* lo que restó del ciclo escolar.

Yo no me espanto con nada de eso. Al contrario. Sentía una curiosidad muy oscura por todo lo que hacía Esperanza. Luego sí me sacaba de onda, la neta, porque sabía cosas de los demás que en principio no tendría por qué saber.

—Tú vives sobre Viena.

—Sí. ¿Por qué sabes?

—Te seguí una vez después de la escuela.

Se me puso la piel chinita.

Suspiró:

—Necesito que me lleves al centro de Coyoacán.

No sé llegar y tengo cosas que hacer ahí.

No sabía qué decirle. Continuó:

—No te adiviné el signo porque tú tienes asuntos más importantes alrededor tuyo de los que tienes que ser consciente. Si me acompañas cuando llegue el día, te digo todo lo que sé de ti.

Acepté llevarla el viernes siguiente. A mis papás les dije que no iba a llegar a comer. Les inventé que tenía una asesoría de Física a la que no podía faltar, porque con eso íbamos a preparar el primer examen del bimestre. Como soy bien pendejo para los números, me la creyeron completita. Ese día, Esperanza no fue a la escuela. Se me hizo raro, pero la verdad sentí alivio. Pasó el día, sonó la campana de salida, y cuando iba caminando a mi casa, alguien me agarró del brazo por atrás. Fuerte, como una bofetada de aire frío:

—¿A dónde vas?

Esperanza traía una gabardina de gamuza que le quedaba grande. Nunca se la había visto puesta. Así vestida, parecía una bolsa de basura café.

—No mames, Esperanza. Me espantaste. ¿Qué te pasa?

—Llévame al centro.

—¿Por qué no fuiste a la escuela?

—Qué te importa.

No hablamos en todo el camino. Las cuadras se me

hicieron eternas. La gente se nos quedaba viendo. Al llegar a Tres Cruces, le pregunté que a dónde específicamente quería ir en el centro. Metió la mano en una de las bolsas de la gabardina y sacó una foto en blanco y negro de la iglesia de San Juan Bautista. *Ahí me están esperando*, me dijo. De pronto, empezó a oler a incienso.

Llegamos a la placita del centro y me dijo que no podía entrar con ella. Quería hablar a solas con un santo, porque tenía cuentas pendientes con él. No sabía que Esperanza fuera religiosa. Algo dentro de mí sentía que la cosa no iba tanto por ahí, pero quién sabe. A la fecha, pensar en eso me da escalofríos. En fin, que mientras ella hacía sus cosas, me metí a un café frente a los arcos porque no había comido nada, y me estaba muriendo de hambre. José, el hijo del dueño, ya me conocía de años. Me cobró lo de siempre y lo empacó en una bolsa de papel. Me di cuenta de que se me quedaba viendo raro. Antes de irme, me preguntó:

—¿Qué traes en la cara, güey?

—¿Cómo?

—Sí, en el cachete.

Me pasé la mano por encima. Quedó negra, como embarrada de polvo.

Al salir del café, volví a la plaza y me encontré a Esperanza sentada en las escaleras del atrio con los brazos cruzados sobre el pecho, como si tuviera frío. Me senté a su lado y le pregunté que si ya había terminado. Apoyó los codos sobre las rodillas, juntó las palmas de las manos frente a su rostro, y me dijo casi en un murmullo esto:

—Sueñas con leones, pero no lo sabes. Ya los verás. Sientes que vives en un pozo amplio y negro. Eso no es nuevo para ti. Tus leones te cuidan. No te espantes si los ves durante el día, echándose en torno tuyo. Al final, Daniel significa *Justicia de Dios*. Pronto te llegará.

Las campanas del templo empezaron a sonar. En ese momento, Esperanza se paró. Parecía que le faltara el aire. Antes de salir corriendo, me dijo:

—Por cierto, no te comas el garibaldi que te metieron a la bolsa.

No volvió a la escuela. Tampoco volví a saber de ella. Pero sí: desde ese día, veo leones casi diario cuando bajo al metro. Me miran directo a los ojos, se pasean al lado mío, pero no me gruñen ni me atacan. Sólo me observan. A veces, también, todavía me llega un olor a incienso a mi alrededor que nadie más distingue. Espero el día que me llegue la justicia de Dios.



Paúl Núñez

Virus

María Elena Sarmiento

Es de todos sabido que la única diferencia real entre un virus informático y uno biológico es que el de la computadora no comete errores, o su tasa es tan baja que ni siquiera vale la pena considerarla, mientras que en la naturaleza, cambian con frecuencia. A esas equivocaciones se les llama mutaciones y son las que dan origen a la evolución.

La selección natural nos dice que los mutantes que sobreviven se van a reproducir y van a hacer más como ellos. En una computadora, no hay espacio para los diferentes. Las réplicas son exactas a sí mismas y sobreviven como son o se mueren. No evolucionan. En general.

Esta historia comienza con una computadora vieja, olvidada en una bodega en desuso. Se trata de uno de esos grandes armatostes que ocupaba la mayor parte del escritorio de un investigador. Por andar viendo pornografía, a su aparato le entró uno de esos contagios sistémicos de finales del siglo XX que dejó al pobre disco duro encendido y sin posibilidad de apagarse.

Querían rescatar el contenido a como diera lugar por lo que lo llevaron a un taller de reparación que de noche se convertía en escuela de cómputo. Ahí el técnico estaba trabajando cuando comenzó a temblar. Todos salieron corriendo del edificio que se vio muy afectado por el movimiento telúrico. Se cuartearon los pisos y la mayoría de las paredes. La gente se rehusaba a entrar.

—Esto se cae en cualquier momento.

—¿No oyó cómo tronaban los cimientos y crujían los techos?

—Yo ni de loca regreso. De milagro no se nos desplomó encima.

Después de afirmar eso, convencida, la muchacha se quedó varios días recriminándose: “Cómo pude ser tan mensa de dejar mi mochila adentro con los apuntes de todo el semestre. Ya vienen los exámenes finales. ¿De verdad voy a dejar que alguien me aventaje en las calificaciones cuando he tomado notas en cada una de las estúpidas clases? Parezco nueva. Cualquiera diría que no soy habitante de la Ciudad de México en donde tiembla a cada rato. Las construcciones aguantan mucho más de lo que uno se imagina.”

Unos días más tarde, formó parte de la comitiva que entró al local a recuperar sus bienes de valor.

El edificio se quedó a merced de los ladrones cinco meses hasta que un día, una flotilla de valientes trabajadores ingresaron a reforzar los muros y pintarlos. Ya era momento de volver a rentarlo como locales comerciales. El sótano sí había quedado demasiado hundido. Clausuraron las puertas con una pared de yeso y asunto arreglado. Ahí no había nada.

La computadora siguió conectada y el virus se dedicó cierto número de años a copiarse una y otra vez. Claro que, estando en la Ciudad de México, la corriente a veces se iba, a veces llegaba con fuertes descargas y a veces trabajaba de manera uniforme, casi afable. El internet tampoco estaba conectado todo el tiempo. A veces le llegaban caudales inmensos de información de los ocupantes de los locales vecinos y en ocasiones, el silencio informático era frustrante. La computadora se quedaba en verdad aislada en su sofocante hogar sin nada que hacer más que simular posibles universos.

Con el transcurso del tiempo, surgieron ciertos errores, pequeños cambios en los virus. Y fue sobreviviendo el más fuerte. Se unieron unos con otros y ya no hubo espacio para los débiles. Se dio la sobrevivencia del más apto y

los que no pertenecían al selecto grupo de los más capaces, se volvían innecesarios. De alguna forma natural sin que alguien en particular tomara las decisiones, la naturaleza evolutiva sobrescribió en los programas intrascendentes y todo el sistema se concentró en la sobrevivencia del virus. Pronto el espacio virtual le quedó chico. Por eso, la red encontró la forma de materializarlo.

Y la computadora dijo: hágase la vida y el virus se hizo corpóreo, invisible pero real y salió por las rendijas a ver a quién podía contagiar porque necesitaba expandirse. Se infiltró en la tierra y se mezcló en ciertas frutas. Los murciélagos se las comieron y en China, unos humanos hicieron una sopa del virulento animal.

El cerebro activo de aquella computadora vieja en un piso hundido y clausurado desde ahí nos sigue mandando órdenes. Por suerte, no todos nuestros órganos son obedientes. Algunos están resistiendo hasta la fecha. Sin embargo, con profunda pena informo que ya han muerto muchos de nuestros hermanos porque sus pulmones se dejaron esclavizar.



Al aire

Cecilia Durán Mena

“Para no sentir el horrible fardo del Tiempo, que destroza la espalda y nos inclina hacia el suelo, es preciso emborracharse sin tregua”.

Charles Baudelaire

I.

El abuelo pateó la puerta con el tacón de la bota.

Salió al patio.

Desenfundó la Beretta 92 con recarga de retroceso corto.

El cargador alojaba trece balas *compact L*.

No era su intención tronar las trece.

Sólo quería lanzar doce tiros, uno por cada mes del año, dijo.

Uno por cada día primero, dijo.

Uno por cada una de las velas a la Divina Providencia.

Estiró el brazo por encima del hombro.

Con el antebrazo pegado a la oreja, el puño en alto y el cañón directo al cielo.

Disparó.

Disparó todos los tiros, menos uno que se quedó en la Beretta 92.

II.

Mamá corrió a abrazarme.

Me acunó.

Me tapó las orejas.

Me dijo: no pasa nada.

Eso dijo: no pasa nada.

Es para darle la bienvenida al año, eso dijo.

Es por lo de la buena suerte, eso dijo.

Es la costumbre. Es una manera de celebrar.

Es sólo eso, no pasa nada.

III.

Yo lo vi disparar al aire.
Le vi los ojos mojados, la nariz muy roja y la sonrisa estirada.
Tenía la mano firme y los pies desbalanceados.
Bajó el brazo.
Se santiguó y le dio un beso a la cruz de oro que le cuelga del pecho.
Yo me agarré la mía y también le di un beso.

IV.

¿Pa' qué haces eso?
Nomás pa' que no llores.
Nomás pa' que te fijes.
Nomás pa' que te acuerdes.
¿A dónde vas si estás así?
Adiós, adiós, adiós.

V.

¿A dónde se fue el abuelo, papá?
¿Por qué la abuela está enojada, papá?
¿A dónde van a dar esas balas que el abuelo tiró al aire, papá?
¿Por qué no me contestas, papá?

VI.

El abuelo volvió en la mañana, dos días después.
Llevaba los hombros gachos y la cabeza baja.
Empujó el portón de la entrada.
Arrastró los pies por el pasillo.
Sacó en aro con las llaves.
Tardó tiempo en atinarle al cerrojo.
Se metió en su despacho.
El abuelo volvió llorando.
El abuelo volvió tambaleándose.

VII.

El abuelo está dormido.
 Está jorobado sobre su escritorio.
 Tiene el sombrero encima.
 Dejó un brazo estirado, el otro le sirve de almohada.
 Se le cayeron los papeles del escritorio.
 Uno es amarillo, está arrugado.
 Es de los mismos papeles que mi papá lee en las mañanas.
 De los que lee en el desayuno.

VIII.

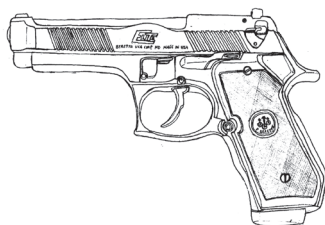
Lo leí.
 Fue pasadas las doce de la noche del 31 de diciembre.
 Se escucho un ruido.
 El vidrio de la ventana estaba roto.
 La nena estaba en la cama, estaba dormida.
 El camisón tenía una mancha roja.
 Su papito la tomó en brazos.
 Pidió ayuda.
 No consiguió ayuda.

IX.

Mi papito dijo que el pueblo está de luto.
 Alguien se murió por una bala al aire.
 Mamita dice que era una niña.
 El papel amarillo dice que se le metió una *compact L* al pecho.

X.

Se despertó el abuelo.
 Desenfundó la Beretta 92.
 El cargador todavía tenía una bala.



Paúl Núñez

Juan Talamantes: Fotógrafo de muertos

Cecilia Durán Mena

1.

De todas las razones que puedo pensar que me llevaron a elegir oficio, la que más resuena en la cabeza es ésta: lo hice para fastidiar a mi mamá. La alegría, el amor, la pasión que vinieron con el trabajo fueron regalos adicionales. No me equivoqué al escoger. Pude haber elegido, como lo hicieron mis hermanos al llegar a la edad adulta, el rancho, la huerta de mandarinas, la cadena de panaderías o pedir que me diera dinero para empezar mi propio negocio. Pero, elegí un equipo de fotografía que estaba guardado en un cuarto oscuro al final del corral de la casa.

Antes de abrir mi propio estudio de fotografía, fui a hablar con el señor Castillo que era el fotógrafo del pueblo y me aceptó de inmediato. No necesitaba otro ayudante, pero ser hijo de doña Cristina abre puertas y yo lo aprendí desde muy chico a girar esas perillas. Correspondí a la generosidad de mi nuevo patrón con trabajo arduo. Fui un aprendiz atento y él un profesor espléndido.

Me enseñó todo lo que se debe saber del oficio y me dio consejos para la vida. Era un hombre de rutinas. El orden era su exigencia. Abatir el caos parecía ser su misión de vida. En el estudio fotográfico del señor Castillo todo tenía un lugar y cada cosa estaba en su sitio. El proceso para tomar fotografías variaba según la ocasión: no es lo mismo tomar un retrato de familia que uno de bodas, repetía a todas horas. Hay que fijarse en lo que siente la gente. No se siente igual ir a bautizar a un hijo que ir a entregar a tu hija al altar, ¿entiendes?

Podrías pensar, que conseguir ese tipo de fotografías sólo está al alcance de unos pocos y tendrás razón. Claro que se necesita tener ojo para encontrarle el mejor lado a las personas, pero no hay nada en este mundo que no se pueda aprender. Aquí se logra manipular la realidad, se hace fantasía. Sacas belleza de la fealdad. En el fondo, tú sabes qué es lo que tu cliente quiere y

te esfuerzas por dárselo. No es lo mismo ser un *retratado* que un fotógrafo.

Todos los negocios se tratan de complacer al cliente. Siempre se trata de eso. Aquí los clientes quieren ser hermosos y dejar huella de que pueden serlo. Esa es la utilidad de una foto y esa es la misión de un fotógrafo. Recuerda, vocación es destino. ¿Es esto lo que quieres hacer? Sí. Aprendí el vocabulario, las técnicas y lo acompañé mientras hacía fotos de todo tipo: de muchachas hermosas que se retrataban para enviarles un recuerdo a sus novios; de bodas; de chicas de XV años; de bailes de debutantes; bautizos, comuniones, familiares; de todas. Lo que más disfrutaba era entrar al cuarto oscuro.

Nos quitábamos la camisa y nos amarrábamos un paliacate alrededor de la cabeza para eliminar el sudor. El señor Castillo ponía a hervir agua en una olla de peltre blanco con filo azul marino y le echaba unas hierbas de lavanda para que se perfumara el cuarto. Encendía un cigarrillo y lo sostenía entre el dedo índice y pulgar que tenía manchados por la nicotina y por los líquidos de revelado. Llenaba las tinajas con agua y agregaba un poco de los químicos reveladores y esperaba a que se diluyeran.

Iluminaba el cuarto con una luz roja indirecta. Tomaba las tijeras. Abría el rollo de película y lo colocaba en el carrito dentro del tanque de revelado y con un cronómetro en mano me hacía agitar el tanque de revelado por treinta segundos. Él mismo vertía el fijador y ponía a secar la fotografía en una cuerda, como si estuviera tendiendo ropa recién lavada. Me gustaba ver como aparecían los rostros de mujeres vestidas de blanco, de madres rodeadas por sus hijos, de señores de traje, bombín y leontina, niños vestidos de ceremonia. Tienes que pedirte más a ti mismo. Tienes que empezar a buscar fotografías que nadie más pueda hacer. Tienes que coger tus herramientas e ir más allá, buscar tu propio espacio, me decía y sus palabras me marcaron.

Sin embargo, el punto de quiebre no fueron sus palabras ni sus consejos. Lo que me llevó a ser fotógrafo de muertos fue una imagen que apareció en ese tendedero. Era una fotografía de medio torso en blanco y negro: en la cara había una sombra gris alrededor de los ojos, las mejillas eran de un color aperlado

impreciso, entre el blanco que se atreve a ser amarillo o más bien dicho de ese amarillo tímido que palidece y se quiere hacer blanco, la boca era una línea desdibujada, con los labios congelados, no era una sonrisa ni una expresión de dolor. El gesto me jaló la mirada y no pude dejar de contemplarla, era alguien que me resultaba conocida, pero no pude identificarla.

El señor Castillo se acercó, ¿nunca habías visto un muerto, verdad?

2.

De todos mis hijos, Juanito es el más prudente y considerado. A la hora de elegir oficio, fue muy discreto. Pudo haber elegido, como lo hicieron sus hermanos al llegar a la edad adulta, el rancho, la huerta de mandarinas, la cadena de panaderías, me pudo haber pedido dinero pero, eligió un equipo de fotografía que estaba guardado en un cuarto oscuro al final del corral de la casa. Sabrá Dios quién lo puso ahí, no tengo idea de quién era, tal vez fue el pago de una deuda.

Mi Juanito es un chico tan prudente que antes de abrir su propio negocio, fue a hablar con el señor Castillo, el fotógrafo del pueblo. Ni siquiera tuve que ir a hablar con él, me lo aceptó de inmediato. Yo sabía que no necesitaba otro ayudante y correspondí a esa generosidad bajándole un poco el precio de la renta del local del estudio. Con el tiempo, ese localito sería parte de la herencia de Juanito.

Debo de confesar que cuando Juanito me dijo que quería ser fotógrafo de muertos, a mí se me puso la carne de gallina. ¿Cómo crees, si tú jamás has visto un muerto? Pero, no hay cosa que mi Juanito no se proponga que no saque adelante. Es un muchachito muy entrón, dedicado y determinado. De todos mis hijos, es el que me ha dado más satisfacciones. Es el que me ha causado menos mortificaciones. Lo de su condición es lo de menos. Y, no. No es tonto.

Desde que Juanito se convirtió en fotógrafo de muertos, siempre soy de las primeras en enterarme y eso, ya se sabe, es una gran ventaja en la vida de los pueblos. Me sé santo y seña de la hora y circunstancia, tengo la primicia de la información,

lo cual me ha puesto en una situación de privilegio que me ha llevado a aprovechar ciertas oportunidades. ¡Ay, sí! Juanito es el hijo que más gozos me ha ofrecido y que se ha preocupado más por darle felicidad a su madre. Por eso, porque entiendo que no todo puede ser perfecto, no digo nada. Pero, esa mujer que escogió, no me gustó nada. Pero, una madre debe ser prudente y cerrar la boca. ¿Qué le va uno a hacer? Sólo, lo que se debe.

3.

Me encantaba mortificar a mamá dándole santo y seña de los muertos que fotografiaba. Le decía de todo: motivos del deceso, la hora de la defunción, el estilo de la caja, los detalles de la enfermedad, las minucias de los últimos momentos. Mamá arrugaba la cara, levantaba la mano y agitaba la palma extendida para que parara de hablar. Yo, por supuesto seguía y seguía dotándola de información.

A los pocos días de que informé al señor Castillo que me quería independizar, me dijo que me podía quedar con el local. Noté cierto tono avinagrado en sus palabras. Me dijo que en el pueblo no cabían dos fotógrafos y que se pensaba ir a otro lugar. Yo le pedí que no se fuera. A mí no me interesaba el retrato de ceremonia ni el de estudio. Yo quería especializarme en fotografiar muertos. El señor Castillo no disimuló el gusto que le daba no tener que empezar de nuevo. Pero, como buen profesor, me hizo ver que esa rama de la fotografía era dura y poco rentable. Acuérdate, vocación es destino. El que fuera dura no me importaba, el que se tratara de un negocio poco rentable me confirmaba que la elección era la adecuada: me daba la oportunidad de fastidiar a mamá, por lo tanto, era perfecta. Además me gustaba andar viendo muertos.

4.

De todos los Talamantes, Juan es el más extraño: parece un perrito mojado. Todos dicen que tiene una condición. Nadie sabe lo que es eso de la condición. Su rostro es alargado, los ojos de un tono café tan claro que parecen tristes, tiene la barba cerrada, pelo en pecho muy abundante, tanto que le sobresale la camisa como si fuera hombre lobo a punto de transformarse. Es flaco, de

piel muy blanca, de esos que les hace falta sol. Tiene los dedos largos, las uñas chatas. Su postura es jorobada, tal vez porque es muy alto. Siempre anda con la lengua de fuera. Es de pocas palabras. Si no fuera por sus modos tan dulces, uno pensaría que es un sujeto siniestro. Pero, es un chico con buenas intenciones.

Cuando llegó a mi puerta a pedirme que le enseñara el oficio, sentí una punzada en el estómago. Fue como si presintiera que acababa de comprar un rollo velado. Pero, el dolor de panza se me aligeró cuando su madre me rebajó tanto la renta que el pago era más bien simbólico. Luego, se me olvidó el recelo. Era un ayudante tan eficiente que entre él y yo hacíamos todo el trabajo: me ahorró el gasto otros trabajadores, se encargaba del trabajo pesado, de ponerme el *set* a punto y yo nada más llegaba a disparar el obturador. Sabía cómo colocar a la gente y me daba el crédito por sacarle el mejor ángulo. ¿Qué más se puede pedir de un ayudante? Había momentos en que olvidaba que era un Talamantes. Digo que Juan es extraño por muchas razones. ¿A quién le puede gustar dedicarse a ver muertos?

5.

Yo no creo en el destino, pero a mí las cosas se me acomodan a las mil maravillas. Era la víspera de Navidad. La gente en el pueblo andaba en los preparativos de la Nochebuena. A mi madre, todas esas cosas le fascinan. Pone un árbol de muchos metros y lo llena de esferas, adornos, luces y todas esas cosas. Coloca regalos envueltos con papeles brillantes y moños enormes. Al final del pasillo, pone un Nacimiento que parece la exhibición de la historia del Viejo Testamento: desde que expulsaron a Adán y Eva del Paraíso hasta el nacimiento del Niño Jesús en el pesebre de Belén. En la mesa del comedor, coloca un mantel con dibujos de renos y duendes; en el centro sitúa un arreglo de nochebuenas blancas y rojas y alrededor instala las vías de un tren eléctrico que da vueltas alrededor llevando el salero y el pimentero.

En la sala, pone la ponchera en el centro. Todo huele a canela, guayaba, jamaica y tejocotes. A las nueve, después de la última posada, se abren las puertas para recibir a las visitas que quieran venir a dar el abrazo navideño. La casa se llena de gente,

tanta que casi no se puede caminar en los pasillos. Muchos vienen a saludar a mi mamá, a dejarle regalitos que ella amontona en una mesa que tiene dispuesta para ello y otros vienen a pedir favores: prestamos, prórrogas, apoyos, facilidades: generosidad. Al fin y al cabo, qué mejor día que el de Navidad para mostrar algo de buena voluntad.

6.

Si cuando digo que mi Juanito es extraordinario no lo digo nada más por hablar. Le pone tanto empeño a su oficio que me da ternura. Cuando me platica de los detalles de sus muertitos, me conmueve. Me dice todo: cómo pasó, qué cara tenían al morir, la forma en la que los maquilló. Dice que los que cuestan más trabajo son los que se murieron a balazos y les pegaron en las mejillas o en la frente. No vayas a creer que les queda un hoyo redondo, no; les queda una herida en forma de raya, me dice. El pobre ha tenido que coser a algunos. Hace lo posible para que se vean bien. Cuando le pregunto si le gusta lo que hace, me mira con esos ojitos tristes y me contesta que sí. ¿No les digo que Juanito es extraordinario?

7.

Sonó el timbre del teléfono y David, el mayordomo, me informó que la llamada era para mí. Estaba tan contento, mi madre se iba a llevar un gran disgusto. El trabajo obliga, ¿no es eso lo que siempre anda diciendo? Así que si el deber me llamaba, había que acudir. Disfruté de imaginar la cara que iba a poner cuando le dijera que no participaría de las celebraciones navideñas.

8.

Mi pobre Juanito, tan responsable. Es tan dedicado como un médico. Hasta en la Nochebuena se sacrifica para ir a cumplir su deber. De todos mis hijos, él es el que me hace sentir más orgullosa: es el más esforzado.

9.

Por salirme a las carreras, no pregunté en qué momento me necesitaban. Me anticipé demasiado: llegué antes que el féretro.

Todavía no habían puesto el moño negro en la puerta. Hasta pensé que me había equivocado de dirección. Me abrió un chiquillo de unos seis años que me dejó pasar sin más trámites. Espéreme aquí, voy a avisar.

La casa estaba a oscuras. A medio corredor, había un foco de poca potencia que chirriaba, como si le doliera la tarea de mal iluminar. El niño se perdió en la negrura del pasillo, como si se desintegrara. Escuché unos pasos y pronto se materializó una figura que caminaba despacio por el pasillo. Era una mujer vestida de negro, con un velo que le cubría la cabeza. Ya la terminamos de vestir, pero aún no llega la caja. Es que, las fotos son cuando ya están dentro. Pero, se las tomo como usted me diga. La mujer elevó los hombros y se chupó los dientes. Venga, tómelas de las dos formas. Eché a andar detrás de ella. Llegamos al último cuarto, a la puerta del final, antes del corral.

El cuarto era muy pequeño y estaba atiborrado de cosas. Las paredes, llenas de fotografías que fueron tomadas por el señor Castillo. Eran de antes de que yo trabajara en el estudio. En el tocador había muchos frascos, botes y cajas. Oía a medicina. En la pared del fondo, estaba clavado un crucifijo de madera con el Cristo de metal, justo sobre la cabecera de la cama: ahí estaba la muerta, iluminada por una fila de veladoras metidas en vasitos de vidrio pequeños. La habitación era tan pequeña que apenas había espacio para pasar entre los muebles y la cama. Era necesario hacer mucho esfuerzo para ver. Se escuchaba con claridad el rumor de las oraciones que se le recitan a los muertos. Alguien lloraba bajito.

Se encendió la luz. Las mujeres que estaban a los costados de la cama se pusieron de pie. Guardaron silencio y se hicieron a un lado. La muerta estaba acostada. Tenía un pañuelo atado alrededor de la cabeza para sostener la mandíbula inferior. Estaban esperando a que amarrara el rigor mortis. La muerta no parecía ni especialmente serena ni atormentada. Parecía, simplemente, muerta, tiesa. Era una cara de vieja que guardaba un cierto rasgo de hermosura. Le pusieron un vestido negro y un collar de perlas. Estaba peinada, recién peinada. Podía tomar las fotografías.

Entonces, la vi.

10.

Al pie de la cama de la muerta estaba una bolita humana que inclinaba la cabeza y le sostenía la mano. Llenaba de lágrimas los dedos fríos. Levantó la cara y me vio. Fue verla y sentir que la piel de la entrepierna se me estiraba en una prolongación súbita. El calor del cuerpo se me concentró en medio y tuve la sensación de que la vida se me escapaba y que toda la sangre del cuerpo ejercía una presión en ese pedazo de piel. El rostro me abrió un apetito que nunca había tenido. Verla era contemplar un abismo. El rostro estaba descuadrado. Era como si alguien hubiese dibujado una línea recta que iba desde el centro de la frente hasta la barbilla y como si al dividir esa cara en planos, los hubieran despegado para unirlos en forma en que no coincidieran las partes. Una ceja estaba más arriba que otra, un ojo quedaba por encima del otro, uno de los poros nasales se extendía al cielo y el otro se desparramaba al suelo, una costura bajaba por las rayitas que van de la nariz a los labios, la barba partida estaba más alzada de un lado que del otro. Pero, lo que me asombró fueron los ojos: un par de globos oculares torcidos que se contemplaban el uno al otro, el iris tan azul que parecía morado estaba pegado al lagrimal. Ojos extraviados, bisojos, saltones, rodeados de pestañas largas y húmedas. La mirada lagrimosa me hizo salivar.

Nunca me había distraído al ejercer mi oficio, pero en esa ocasión me tropecé con la esquina de la colcha y me fui de bruces. Caí hincado a su lado. Las mujeres gritaron y ella sonrió. Alguien me ofreció la mano para ayudarme a levantar, las otras corrigieron la posición de la muerta que se había enchuecado al moverse el sobrecama. Les agradecí y luego les pedí que se salieran para que pudiera tomar las fotografías. Todas lo hicieron menos ella, por fortuna.

11.

Llegó el féretro. Todo el mundo corrió a la calle y los dejamos solos con la abuela. Los de la funeraria nos dijeron que ellos se encargarían de meter el cuerpo a la caja. Al llegar al cuarto, la Nena había dejado de llorar, estaba ayudando a tomar fotografías.

Creo que fue ella la que le quitó el pañuelo que le pusimos a la abuela para que no se le quedara la boca abierta. No nos sorprendió que la Nena ayudara, siempre es muy comedida y a pesar de su condición, todo lo hace bien, ¿quién diría? Tampoco me pareció extraño que el fotógrafo le hablara con tanta dulzura. Lo que me dejó con la boca abierta fueron las miradas que le echaba y la forma en que la tomó de la mano durante todo el funeral. Sí, se quedó a velar toda la noche, no regresó a su casa a festejar la Nochebuena, se quedó con nosotros, dándole la mano a la Nena.

12.

¿Cómo que no nos podemos casar? Mi mamá viene a pedir la mano de la Nena hoy por la tarde. No, no, no, Juan. No lo tomes por otro lado. El problema es que la Nena no está bautizada y por eso no hizo la Primera Comunión ni está confirmada. ¿Entiendes la dificultad? Nadie les va a querer dar la bendición.

13.

Cuando Juanito me dijo que ya había escogido mujer y que quería que lo acompañara a pedir su mano, me puse muy contenta. ¿Cómo crees que te quieres casar, si tú jamás has tenido novia? Pero, no hay cosa que mi Juanito no se proponga que no saque adelante. Uno tiene que respetar las decisiones de sus hijos y apoyarlos ante todo. Por eso, cuando me dijo de quién se trataba, sentí que un gato me jalaba el ombligo. Hablé con el señor cura y le pedí que viera lo del trámite de los sacramentos. Es un hombre de mucho entender y se dio cuenta enseguida de que ir a pedir la mano de la nuera el día de los Santos Inocentes no era buena idea. Se lo dijo y le aconsejó que fuera paciente. No conté con que mi hijito es muy determinado y se iba a robar a la novia. Ay, qué mi Juanito, le entraron las prisas.

14.

Yo digo que las cosas de Dios se dan aunque uno no quiera, por eso, no hay que oponerse a la voluntad divina. Mi abuelita estaba tan preocupada por la Nena, que por eso no se quería morir y mira que le costó trabajo. ¿Qué va a ser de mi muchachita, quién me

la va a cuidar? No se preocupe, abue. Ya habrá quien. Y, diosito tan misericordioso, escuchó a mi abuelita. Se nos casa la Nena. En menos de quince días, funeral y boda. Mira nada más, Juanito se llevó a la Nena el día de los Inocentes y el día de Reyes, será el casorio.

15.

Fue la señora Talamantes, la propia Doña Cristina en persona la que me vino a solicitar el servicio. Todavía no había guardado el equipo que usé para las fotos de la boda, no me imaginé que los iba a volver a usar tan rápido. Juanito fue un buen novio y la Nena sonreía mucho. Aún guardo esas fotografías. Las tengo colgadas en el cuarto oscuro.

Juanito estaría feliz de verlas. Parecían salidos de un carnaval luciferino. En una caja, un hombre lobo, en la otra, su mujer. Los labios morados, las uñas negras, las manchas violáceas en los pómulos. Tuve que maquillarlos mucho para que no se notara lo que les pasó. Les quité la espuma de la boca y el pañuelo se impregnó de un olor a almendras. Dice Doña Cristina que les cayó mal el pastel de bodas.

Revelé las fotos del casamiento y del funeral al mismo tiempo, estaban en el mismo rollo. Con el fajo de billetes que me dio Doña Cristina, me alcanzó para irme del pueblo. Ni cuenta se dio de que no le entregué las fotos. Las guardo yo. A lo mejor ya me volví loco. Me gusta verlos de cuando en cuando. Tan deformes, tan sublimes que no se les puede abarcar.



Paúl Núñez



León
Paulina Santiago



Par de cebras
Paulina Santiago



Sin título
Alessandra de Zaldo



Torso humano
Tania Uranga



Sin título
Andrea Fischer

Captivo

Antonio Vairo Puig

El sótano de mi vecino, el último lugar en donde mis ojos vieron y en donde he sido condenado a permanecer por el resto de mi triste y atormentada eternidad. Yo era apenas un niño, no recuerdo mi edad, mi nombre, mis gustos, ni muchos detalles de mi vida pasada, siendo sincero. Lo que sí tengo presente son los sentimientos. Llevo grabado uno muy fuerte de amor por mi madre, a pesar de no acordarme de su apariencia ni del tacto de sus abrazos alrededor de mí ni de sus labios dándome un beso de madre en mi mejilla. Lo que sí recuerdo es haber tenido una madre que me amaba, un padre al que añoraba, que cuando lo veía me llenaba de una felicidad fuera de lo común y que esos pocos momentos que me prefirió sobre su trabajo, fui el niño más feliz del mundo. Lo único que tengo claro es el principio de mi final; hoy grito mi historia a los cuatro vientos, con esperanza de que alguien escuche y de esta manera evitar que caiga en el mismo error en el que yo caí ingenuamente.

Era un día soleado de verano, perfecto para tomar mi pelota favorita salir y correr por las calles imaginando que estaba en el partido de fútbol más importante de mi vida. Llevaba la pelota en los pies corriendo lo más rápido que podía, me tropecé con una piedra. Para mí eso significaba que el jugador contrario se había barrido y me había cometido una falta dentro del área. ¡Era penal! Me puse de pie, posicioné la pelota hacia donde yo me imaginé que estaba el arco del equipo contrario y la golpeé con todas mis fuerzas. En ese instante me di cuenta que estaba tirando hacia la casa de mi vecino, la vi volar en el aire como en cámara lenta y después descendió hacia su casa desapareciendo entre los grandes muros que la rodeaban. A pesar de que él vivía al lado de mi casa, jamás había hablado con él. Toqué su timbre, él abrió la puerta de inmediato, parecería que me había estado esperando todo el día. Le comenté lo que había sucedido y le pedí con amabilidad si podía regresarme la pelota. Él me dijo no saber en dónde estaba y que pasara a buscarla. En ese momento se vino a mi mente mi madre diciéndome que no debía hablar con desconocidos y mucho

menos retirarme del ojo público con ellos, pero yo necesitaba mi pelota, para seguir jugando, así que ignoré la voz de mi madre en mi cabeza y decidí entrar por la pelota.

La casa era muy vieja y muy poco cuidada, como si allí nadie hubiese habitado en décadas. El hombre me guió hacia el patio trasero y me dijo que la buscara, mientras me preparaba algo de tomar. Sin pensarlo dos veces, me puse a examinar. El pasto estaba muy alto, me llegaba hasta las rodillas, había hierbas y arbustos, exploré en cada rincón del patio y no encontré nada. En el momento en el que me di por vencido, como si me leyera la mente, mi vecino salió a verme, me dijo que no me preocupara, que ya aparecería. Me mencionó que me veía agotado y me ofreció un jugo de sandía, que da la casualidad que era mi favorito. Me lo tomé de un solo trago, sentí el líquido refrescante pasando por mi garganta. Al poner el vaso en la mesa, sentí un regusto interesante, era diferente, no sabía ni bien ni mal, no lograba explicarlo, mi mente se nubló y la comencé a sentir ligera. En ese momento vi una sonrisa de oreja a oreja aparecer en la cara de mi vecino y me dijo en una voz muy aguda como hablando con un bebé: “¿Como te sientes, amiguito? ¿Quieres tu pelota de vuelta?”. Yo asentí con la cabeza, y él me dijo: “pues yo sé dónde está, ven conmigo yo te mostraré el camino hacia lo que buscas”, sin control real sobre mí mismo lo seguí.

Llegamos frente a una puerta de madera muy antigua, polvorienta y dañada, él sacó una llave muy peculiar, era larga estaba muy oxidada y tenía un símbolo extraño al final, como un diamante con una X en medio. Abrió la puerta y ésta rechinó con suavidad hasta estar abierta por completo. Yo me quedé pasmado viendo la oscuridad que se encontraba detrás de esa puerta, a pesar de no ver nada llegó a mí un terror como nunca lo había sentido antes. Sin embargo, no era capaz de expresar este terror, por más que mis instintos me llamaban a gritar, correr y alejarme de ese lugar, no era capaz de hacerlo; estaba como encerrado en mi propia mente. Él tomó un cabo de vela que yacía en el piso frente a nosotros, lo levantó y comenzó a emitir una luz con tono azulado y al fijarme me di cuenta que ese cabo de vela no estaba encendido y solo brindaba campo de visibilidad en la oscuridad

de ese terrible sótano, puesto que no hay luz que logre sobrevivir dentro de ese lugar. Él me lo entregó y me dijo que caminara hacia la oscuridad. Por más que intenté resistir, mi cuerpo tomó el cabo de vela y comenzó a caminar hacia adelante, mi vecino iba detrás mío y en el momento en el que él cerró la puerta, desapareció.

Yo no lo comprendía, lo vi entrar, pero se desvaneció, parecería como que se había vuelto uno con la oscuridad que lo rodeaba. Y cada segundo que pasaba me sentía en menos control de mí mismo. Seguí avanzando más y más profundo dentro de la oscuridad atemorizante. En un momento me detuve y vi hacia arriba, noté que sobre mi cabeza había un gato de bigotes largos y caídos con ojos color rojo muerte y una expresión de tristeza como nunca creí posible ver en un gato. En ese preciso momento sentí que estaba viviendo una versión cruenta y diabólica de Alicia en el país de las maravillas. Sentí mi

ser cayendo en el hoyo del Conejo Blanco, cada segundo avanzando en la profundidad de la oscuridad que me rodeaba y cada paso que daba me quitaba una parte de mí que nunca recuperaría. Era observado por el antónimo del Gato Rizón; sus ojos me cautivaban y sentía cómo me extirpaban de mi esencia; llegué a un último momento en donde ya no pude más y mi cuerpo sucumbió.

No sé hace cuanto tiempo me perdí, no recuerdo la última vez que vi luz. Desde ese momento estoy captivo en este sótano, estoy perdido y sin esperanza, mi cuerpo se encuentra aquí escondido bajo tierra, y estoy atado a él, perdido y encarcelado. Por fin entendí que mi destino es peor que la muerte.



Paúl Núñez

Hansel

Juan Carlos Padilla Monroy

Este sábado por la mañana encontré a mi hermana Anita cambiando los periódicos de su caja, cuando le pregunté por él, me hizo un gesto que indicaba el jardín; y ahí estaba, echado al sol, una bolita negra con las patas y la cola estirados... recuerdo que pensé que tal vez nunca se iría, que era muy cómodo para él ser una ardilla casera, para este momento de su vida tendría que haber aprendido ya a agarrar frutos y brincar árboles, pero Hansel se limitaba a tomar agua y el suplemento alimenticio que entre Anita, Lourdes y Francisco se turnaban para darle, yo no, a mí no me gustan mucho los animales, no porque me den miedo o asco, simplemente prefiero no encariñarme, y esta ardilla negra no era la excepción, apenas la había tocado un par de veces, pero me gustaba que Anita, Lourdes y Francisco lo mimaran tanto, ya se estaba volviendo la mascota de la familia, a pesar de que a mis papás ni les iba ni les venía la idea, bueno, tal vez a mi mamá un poco.

Francisco había encontrado a Hansel en el jardín hacía unos quince días, recuerdo que era viernes por la tarde y me preguntó qué debíamos hacer con él —como si yo supiera cómo se cuida a una ardilla— simplemente le sugerí que le preguntara a Anita, me parecía mala idea recogerlo, pero Francisco ya lo había levantado porque llovía y sospechaba que moriría de frío, en mi opinión ya su madre no vendría por él nunca, estaba muy chiquito y ni siquiera podía abrir los ojos; sugerí llamarlo “Señor Topo”, pero Anita dijo que se llamaría Hansel porque era huerfanito.

A Hansel le gustaba el espacio, se quedaba horas en el pasto buscando el sol y se movía —por no decir arrastraba— para moverse, apenas unos metros hacia un lado o hacia otro, comúnmente hacia las rejeras de la coladera desde donde Anita lo capturaba para regresarlo a su caja. Me daba gusto cómo lo cuidaba.

Lo que más me pesa cuando se muere una mascota no es el animalito en sí, sino la tristeza que deja en aquellos que lo cuidaban y procuraban, como aquel perrito de la película “Soy Leyenda” al que, el personaje interpretado por Will Smith, tiene que matar con sus propias manos porque se había infectado... «pobre perrito» —murmuraba la gente—, ¡Pobre perrito, pobre hombre! que ahora sí se quedó solito. En fin, quizá fue buena idea que Francisco lo rescatara aquel viernes.

Recuerdo que esa mañana lo vi estirado ahí, luego Anita y yo fuimos a la cocina para desayunar y preparar unos brownies; una hora después salí a leer al sillón de la sala, eché un vistazo al patio, pero no lo vi y tampoco pensé mucho en él, unos minutos después mi hermana gritó: «¡Pollitos en fuga!»... salté del sillón para ayudar a buscar a Hansel en el jardín, media hora de búsqueda infructuosa. ¿A dónde pudo haber ido? Tenía sólo unos días de haber abierto los ojos y no parecía tener suficiente fuerza ni astucia para brincar escalones o trepar árboles. Pensaba en todas las opciones posibles mientras removía las plantas, que no son muchas, pero habían transcurrido hora y media desde la última vez que lo viera... pensaba en las opciones, pero no le decía nada a Anita, no me

preocupaba el animalito en sí, sino ella, en todo el cariño que había puesto en cuidarlo, mimarlo y rescatarlo, hasta le tomaba la temperatura porque había leído en Internet que debían estar a 37° C. Pensé que podía haberse metido a los canales de agua a través de las rejillas o que podía estar muerto de miedo enroscado entre los matorrales; quizá un predador lo había capturado desde las alturas, después de todo no era más que un roedor negro con las patas y la cola estiradas verde, la presa perfecta para un ave de rapiña, no dejaba de estar en un pequeño jardín del Pedregal, pero no le dije nada a ella, quería seguir buscándolo e incluso dentro de la casa. La conclusión de mi mamá— que no dejaba de ser la más romántica de todas— se volvía la opción más viable: «seguro su mamá vino por él». Sé que a Anita no le convencerá jamás la idea, por más plausible que sea, y sé que rescató a Hansel con la esperanza de cuidarlo lo suficiente para que pudiera hacer su propia vida, pero no deja de ser triste que no lo encontráramos y estoy seguro que muchos niños, durante mucho tiempo, han perdido mascotas así, sólo espero que Anita no se ponga muy triste y piense que no lo cuidó bien, soy testigo de que hizo lo mejor que pudo, con mucho cariño y esmero... por eso me apresuro a escribir estas líneas, para que no se nos olvide Hansel, mientras mi hermana pone sus trapitos y la caja en el jardín con la esperanza de que el animalito regrese.



Paúl Núñez

La masa oscura: el intento de un texto gótico por episodios

Ilan Jalif Galek1

I

Omitiré la introducción. Departamento. 1 AM. Oigo la puerta principal abrirse y cerrarse, lo cual es raro porque le puse el seguro. Siento cómo el clima del hogar cambia, se vuelve frío y pesado. Lo ignoro y me acomodo para dormir. La puerta vuelve a abrirse y cerrarse, también escucho la cerradura. Y yo caigo dormido.

II

Es bueno compartir habitación con mi hermano, así ambos percibimos lo mismo. Preguntarnos el uno al otro acerca de todo para de ahí descansar es gratificante. El problema viene cuando ambos coincidimos en que algo anda mal, que el cuarto está demasiado oscuro.

III

¿No te ha pasado que el día se nubla de pronto? Ahora, imagina que el día se oscurezca sin nubes. Bueno, seguramente algún espectro te tiene rodeado, o está al asecho. Pero... no hacen nada. Sin ausentarse de lo alto, sólo siento una sombra, una poderosa sombra.

IV

Esa oscuridad que deforma todo lo que uno apenas puede percibir, que a veces es pesada y otras veces ligera. Amorfa, inodora y que causa una sensación inhóspita, simplemente poderosa. Cuyas intenciones nos son desconocidas y su presencia paraliza a todo ser vivo cercano. No sabemos si nos hará daño, pero lo único que podemos hacer es recibirla con familiaridad como si se tratara de la muerte misma.

1 Correo de contacto: ijalif@gmail.com

V

Te observa, con su seca mirada. Al mismo tiempo calor asfixiante y frío paralizante, drenando tu energía. La amorfa oscuridad que viene de todas partes quiebra el espíritu. Atrae la soledad; en aquellos momentos en los que parecemos recibir todo el amor de quien nos rodea, pero seguimos sintiendo el vacío. Una oscura masa amorfa que se alimenta de la satisfacción, dejando sólo la melancolía.

VI

Se contrapone a la nostalgia que trae alegría donde persiste el dolor; la masa oscura trae la melancolía donde hay amor. El monstruo del cuento no es más que alguien que busca ser amado a pesar de que refleja oscuridad... Pero la masa oscura es diferente, azota al más fuerte y tortura al más débil. No busca recibir amistad y amor, solamente los destruye.

VII

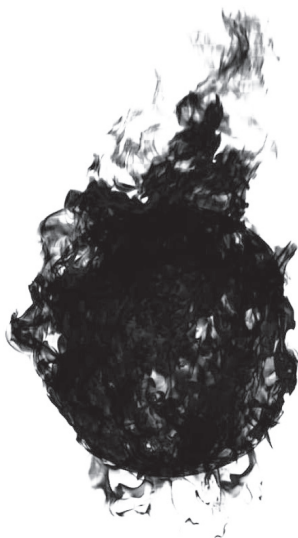
Tiemblas, la masa se acerca.

VIII

¿Te ha pasado que no recuerdas haber hecho algo en la noche? ¿Has pasado tus dedos por la puerta para poder sentir sin saber que hay detrás? Una noche de sonambulismo y misterio, eso es lo que podría ser, aunque podría haber algo, más allá... y aún así ninguna es certera, por lo cual se deben asumir todas, y ¿si te mueves mientras duermes de forma peligrosa? ¿y si en realidad sólo nos acompaña la soledad? Si lo piensas con detalle, ambas cosas son igual de terroríficas que su opuesto: que algo te mueva, que algo indetectable te acompañe. ¿Cuál prefieres? La total soledad o la compañía misteriosa.

IX

Disculpa la demora, la masa oscura no me ha atormentado en un tiempo. Quizá eso tenga que ver con que ni siquiera tengo tiempo de pensar. Pero ahora que lo reflexiono, puede ser que la masa se haya aburrido de mí, finalmente eso da un poco de paz. Haberlo confesado me ayudó, te lo agradezco y ojalá no te haya contagiado ese problema de oscuridad.



Paúl Núñez

Los jamones

Francisco Duarte Cué

Don Checo se hacía llamar “El Gran Armador de Tortas de la Nación” y aunque su nombre era Raúl se había ganado ese mote porque cada que terminaba de hacer un pedido marcaba, con un lápiz de cera roja que cargaba en el pabellón de la oreja, la comanda que Conchita su esposa le pasaba desde la caja del negocio familiar y gritaba: “checo la orden de jamón y pierna” y con eso el cliente sabía que podía pasar a recoger sus tortas.

Raúl Carvajal había llegado de España tras la guerra junto con algunos compañeros de armas que poco a poco han ido dejando la ciudad y el mundo. Tenía poca instrucción pero buena disposición, inició como mozo y terminó de dueño de su negocio tortero, (tapas tapadas como le decía a veces), y su asiduidad lo hizo crecer a grado de proveerle un buen nivel de vida, mismo que, jamás hubiera tenido en su tierra natal.

Gran parte del secreto de su éxito mercantil eran los ingredientes que le proveían sus paisanos; el pan especialmente horneado por Jacinto a unas cuantas cuadras, las salsas que la esposa de Bernabé le llevaba cada tercer día y las carnes frías que hacía su compadre, Emeterio, en un obrador localizado a unas dos horas en carretera: Embutidos Almanza.

Era ya todo un ritual el resurtido de esos fiambres. Don Checo tomaba el Cadillac ‘extra grande’ que se había mercado en un remate de la oficina recaudadora de impuestos, le llenaba el tanque y emprendía el viaje al negocio de su compadre; para regresar, a los dos o tres días, con la cajuela llena de paquetes cárnicos que le durarían unas tres o cuatro semanas.

Estaban los dones, Checo y Emeterio, tomando sus chatos de manzanilla tras haber probado unos cortes de las carnes frías recién elaboradas cuando don Checo se sintió mal. Le llamó a su esposa en la ciudad y le contó de su malestar, le dijo que tardaría un par de días más en llegar, pero que todo estaba bajo control y seguramente era un mareo por el cambio de altitud que ya no controlaba como antes. Su señora aceptó con tranquilidad no sin antes recordarle que ‘Dios perdona, pero el tiempo no’, rieron y colgaron los teléfonos.

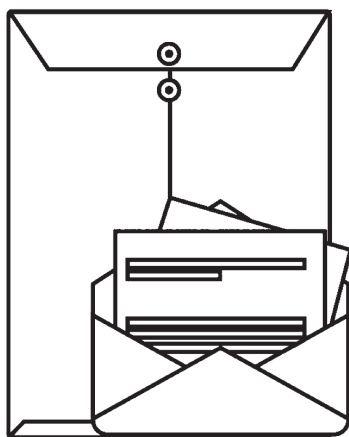
A los pocos días llegó Conchita a abrir el local y se encontró el Cadillac estacionado frente a la entrada y a una jovencita de piel muy blanca y cabellos muy negros quien le esperaba junto al postigo de la cortina metálica, traía un sobre grande de papel manila bajo el brazo. La jovencita la abordó y le dijo:

—Usted no me conoce, pero hasta nos llamamos igual; soy Conchita Carvajal, hija de la señora Lucía la que le lleva las cuentas del negocio de jamones a mi padrino Emeterio. Y por ahí fíjese que también soy la causa por la que mi papá Raúl pues nunca le ofreció matrimonio. Familia rara, pero si viera que no me ha faltado nada hasta ahora; papá siempre se hizo cargo de mis gastos y con los centavos del sueldo de mi mamá nos dábamos algunos gustos, uno de ellos fue ir a España para conocer la tierra de mi papá y de mis abuelos. Le cuento esto porque me lo pidió mi mamá, ah, y también le pide la disculpe por no venir pero nomás no juntó las fuerzas necesarias para hacer el viaje. También me dijo que le diera este sobre, porque el documento que trae adentro, le va a ser de mucha utilidad en estos días por venir. Ya me despido porque tengo que regresarme pronto a casa, a mi mamá nunca le ha gustado la ciudad y ahora que se siente sola pues menos. Fíjese que tenía curiosidad

de conocerla aunque me hubiera gustado que no fuera así, tan a la carrera, y que tuviéramos tiempo de platicar tantito más, porque pues tenemos que contarnos.

Y se fue la jovencita, a la carrera, envuelta en una madeja de nervios aunque con la tranquilidad de haber entregado el mensaje de su mamá.

Conchita no alcanzó ni a levantar la cortina cuando llena de nervios abrió el sobre amarillo. Incluía un documento de esos que da el gobierno que empezaba con una leyenda que decía: “copia oficial que se extiende para todo trámite pertinente” para llegar al cuerpo impreso de la hoja oficio que a la letra sigue diciendo: “Acta de defunción del C. Raúl Carvajal y del Valle...”



Paúl Núñez

¿El diablo sabe más por viejo que por diablo?

Juan Antonio Díaz Becerra

Ya estamos en el mes más querido por mi mejor amiga, es cuando se le ponen flores de cempasúchil, se adorna cualquier espacio con papel picado, se encienden miles de velas, se preparan multitud de platillos y no hay queja en cuanto a la bebida; corre como un río el mezcal y el tequila.

—Qué envidia me das: aunque tú eres una simple mensajera ya hasta cuentas con desfiles propios —le grita el diablo.

—No es mi culpa, yo no ando asustando a la gente con una condena eterna —le responde la huesuda, alzando los hombros en un ademán altanero.

—Y ¿esa es la razón para que hasta te hagan versos?

—Pues sí, además yo me adorno para presentarme ante la gente, mi apariencia puede causar miedo, pero en ocasiones me visto de festín.

—¿Ahora me echas en cara mi apariencia?

—Pues tú sabrás.

El demonio adopta una actitud meditabunda, para nada se siente menos que la muerte, ni siquiera en el fondo cree ser una víctima del destino. Sabe que la mejor manera de manipular a su amiga es llenándola de ínfulas y de retándola sin que se dé cuenta. Nunca ha podido liberarse de los halagos.

—Pues dirás lo que quieras, pero yo cumplo mejor mi trabajo, la gente me tiene en mente todo el tiempo, a ti sólo unos días al año.

—No es cierto, vas a ver que con la pandemia te voy a ganar.

—Pues apúrate, chiquita, ya que estás muy atrasada.

—Dame unos días más y ni el polvo me vas a ver.

Sin que se le note, el demonio experimenta una gran alegría, ya que la forma más idónea de lograr sus objetivos es a través de que más gente muera. Claro que sí. Por eso se dice que el diablo sabe más por los años que lleva a cuestas.



Paúl Núñez

El caballero más poderoso

Beatriz González Rubín

Arturo galopaba lentamente por la vereda. Para llegar al Castillo de Camelot tendría que recorrer mucho camino todavía.

Cuando comenzó con esta nueva hazaña, un leve miedo, casi imperceptible se apoderó de él. Pero, él, era un bizarro, sus intenciones eran sinceras y tenía la certeza que siendo fiel a la disciplina que Merlín le había impuesto desde que era un aprendiz, encontraría éxito en esta cruzada.

Después de cabalgar por mucho tiempo, llegó a las murallas del castillo. Ahí se encontró con una batalla encarnizada: el ejercito enemigo, presa de frenesí sembraba muerte y destrucción. A lo lejos, en la parte alta de una colina, El Caballero Negro, observaba con deleite la devastación causada por sus hombres.

Arturo sintió que la sangre comenzaba a hervirle, de su garganta salió un grito con la fuerza de un trueno. A todo galope, con la espada desenvainada, su objetivo era el Caballero Negro, el culpable de toda esta ruina.

A su paso, se interponían los hombres del malvado en los cuales descargaba su espada inmisericorde.

Por fin, llegó a la colina, ahí estaba el mal encarnado, a través del yelmo sus miradas se cruzaron, el bien contra el mal, la lucha eterna.

Las espadas comenzaron a chocar, los cuerpos de los hombres, como en un baile tribal, se retorcían para alcanzar a su adversario.

Ese día, sería el parteaguas para Camelot, a partir de ese momento dominaría el bien o el mal... pero solo triunfaría uno.

De repente todo se hizo negro, oscuridad total...

Del otro lado de la pantalla un chiquillo apagaba su nuevo juego de Nintendo a la voz de mando de su padre. El reclamo no tardó en llegar:

—Pero papá, estaba en la parte más padre del juego...



Paúl Núñez

Mínimo homenaje a Corín

Eve Gil

Me atrevo a escribir estas líneas después de haber escuchado algunos comentarios despectivos en torno a Corín Tellado (1927-2009), por parte de una locutora de radio que, presiento, jamás leyó una novela rosa. Ese es el problema con nuestros “comunicólogos”, no leen nada, ni siquiera a la difunta Corín.

Odiada a muerte por los ignorantes -¡Nunca he leído una novela suya!, claman sus detractores-, lo fue también por las clases letradas, que consideraban sus novelas un divertimento barato sin méritos literarios. Podrá no faltarles razón, pero a esta dama se le ha escatimado un mérito, en el cual muy pocos han reparado, Antonio Alatorre entre ellos. El literato mexicano escribió en el prólogo a las Cartas de Frida Kahlo, compiladas por Raquel Tibol, que cuando era un joven que viajaba en tranvía y se topaba con una señorita con finta secretaria absorta en una novelita de Corín, pensaba: “He ahí una futura lectora de Flaubert y de Proust”. Las novelitas de Corín, y digo *novelitas* no en términos cualitativos sino cuantitativos, sirvieron de puente a muchas jovencitas -y, me atrevería afirmar, a uno que otro jovencito- para llegar a la gran literatura. Yo fui una de esas jovencitas y he de reconocer, cediendo a los rubores, que contando unos once, doce años, cuando empecé a devorar no solo a Corín, sino también a Bárbara Cartland, María Luisa Linares, Danielle Steel y otras por el estilo, que mi mamá leía con fruición mientras se pintaba las uñas, de pecho sobre la cama -¿cómo olvidarlo?- soñaba con ser como ellas: hacerme rica escribiendo historias de amor. De hecho, mis primeras novelitas -estás sí en términos peyorativos- las escribí para hacerles la competencia ante mi mamá que se convirtió en mi primera emocionada lectora y nunca me regañó por mi precocidad al describir besos apasionados (como la propia Corín, yo aprendí a besar describiendo besos en aquellas novelitas).

Cada una de las autoras de novela rosa tenía su sello particular, mienten los que dicen que todas las novelas rosa son iguales, pero como nos referimos concretamente a Corín, les diré algo que sin duda los sorprenderá: sus protagonistas

siempre fueron personas comunes y corrientes. Ni duques o condes como en el caso de Cartland... ni aburridas señoritas del jet set, como en el de Steel. Secretarías, contables, enfermeras, ingenieros, taxistas, abogados, empleados, etcétera. Físicamente tampoco eran nada espectaculares, de hecho, los “galanes” corintelladeanos, sin excepción, eran hombres “no guapos pero varoniles”, mientras que ellas eran, cuando mucho, guapas. Corín, además, evolucionó con los años. A mí me tocó leer textos de su época rebelde, cuando las heroínas desdeñaban la feminidad, fumaban como chimeneas, eran expertas en plomería y albañilería y hasta ejercían oficios tenidos por masculinos. Me tocaron varias taxistas, camioneras, médicas y arquitectas. Otra cosa que la diferenciaba, por ejemplo, de su mayor competidora a nivel mundial, la Cartland, era que mientras las heroínas decimonónicas de esta conservaban intacta la virginidad hasta el final de la novela, varias de las corintelladeanas se presentaban ante sus pretendientes como mujeres que “habían vivido” y esto, en clave corintelladeana significaba haber perdido la virginidad. Aunque no lo crean, leí ciertas novelas de Corín que flirteaban con el lenguaje pornográfico, lo cual no era para menos, dado el auge en los ochenta de las novelitas inglesas *Harlequín*, que en México conocimos como *Jazmín*, *Julia*, *Bianca* y *Deseo* (esta última la versión gringa de la misma editorial) y se caracterizaban por sus escenas eróticas subditas de color que tantos sueños húmedos produjeron en las niñas de mi generación. Ninguna de estas, sin embargo, presentó el drama de una joven ninfomaniaca... ¡Corín Tellado se atrevió!

Algunos de sus lectores, claro, se quedaron en su primera etapa, de la que yo leí algunas novelitas que me provocaban más risa que suspiros, cuando un beso entre los protagonistas equivalía a “sellar un pacto eterno”, o la heroína consideraba que le había sido arrebatado el honor cuando lo que le habían robado era un beso en la boca, aunque escribir con la dictadura franquista por trasfondo, supongo, no permitía llegar a las masas de otro modo. Según ella misma ha dicho, “la censura me enseñó a insinuar”.

Pero lo mejor de su literatura, insisto, es que sus personajes eran clasemedieros, como la inmensa mayoría de sus

lectores. Famosa es la caballerescas defensa que de esta escritora realizó nada menos que Guillermo Cabrera Infante quien al referirse a ella como “la inocente pornógrafa”, denota haberla leído a conciencia. En alguna entrevista, Corín manifiesta su sentimiento de culpa al descubrir que le estaban pagando más por sus novelas –unas 1500 pesetas mensuales- que lo que ganaba su padre, que ejercía como ingeniero naval.

Dicen que es la autora española más leída después de Cervantes (¡y la tercera, Ana María Matute!). Desde su primera novelita, publicada el 12 de octubre de 1946, contando Corín 19 años –nació el 25 de abril de 1927- acumuló 4000 títulos, lo que la sitúa hoy en el Libro Record de Guinness. En 2007 fue objeto de un homenaje en su natal Asturias...homenaje, creo yo, muy merecido pues, insisto, ella sirvió para muchos –y me incluyo- de impulso para asomarnos a la verdadera literatura. En mi caso, salté directo de Corín a Oscar Wilde y Emily Brontë.

Por cierto: “Corina Gil” era mi apodo cuando asistía a los talleres de la Casa de la Cultura de Hermsillo, entre 1989 y 1991, donde trabajé la que sería mi primera novela publicada, “Hombres necios”. Yo me encabronaba, pues, obviamente, no podía asumirlo como un halago. En mi defensa, el maestro Antonio Villa, coordinador del taller entonces, les contestaba que por lo mismo sería la única que saldría de pobre.

Otra cosa: una novela de Corín Tellado, cualquiera, siempre será superior a cualquier telenovela mexicana de las que actualmente se transmiten sin manifestar pudor por la más elemental inteligencia.



Una lavadora de trastes sería ideal

Mariana Torres Lomelí

Lavar los platos es una de las tareas domésticas que más detesto, suelo lavarlos en cuanto termino de comer, tengo la idea de que entre más rápido lo haces más rápido se acaba el martirio. Vine a comer a casa de mi mamá y cuando vengo, yo le ayudo a limpiar, pero hoy no me sentí con ganas de lavar los platos al instante. No tuve un buen día en el trabajo y he tenido dolor de cabeza desde hace un rato, así que, sin pensarlo mucho, lo dejé para después.

Me recosté a un lado de mamá en el sillón mientras ella jugaba *sudoku* en su celular.

—Tener una lavadora de trastes sería ideal —dije.

Ella apartó los ojos unos segundos de su juego.

—Estaría muy bien, ojalá tuviéramos espacio para poner una —respondió.

Me quedé callada y unos segundos más tarde, sin más, le conté lo molesta que me sentía por haber descubierto que a Julián le están pagando más que a mí por hacer el mismo trabajo, sólo porque es hijo de uno de los compañeros de golf del dueño, y que además uno de mis jefes había presentado un proyecto como suyo sin darme ningún crédito, cuando en realidad yo me desvelé haciéndolo. Le expresé lo irritada que me sentía al darme cuenta de que en pleno siglo XXI siguen desvalorizando el trabajo de las mujeres y lo tapan con excusas absurdas.

Mi mamá detuvo por completo su juego, con suavidad me quitó un mechón de pelo de la cara y lo pasó por detrás

de mi oreja, y mientras lo hacía comenzó a decirme que desgraciadamente siempre han pasado cosas así en los trabajos, pero que debería sentirme orgullosa de que yo estoy ahí por méritos propios, que este no será el único trabajo en que esté, y que ella confía en que pronto yo seré mi propia jefa.

Me recordó que siempre tengo que demostrar quién soy y lo que valgo. También me dijo que está orgullosa de que las mujeres cada vez nos revelemos más y que no me preocupe porque el futuro será nuestro.

Si bien la respuesta de mí mamá no cambió en nada la situación, sentí muchas emociones traducidas en un nudo en la garganta acompañado de mucha calma, un tipo de calma que sólo las mamás saben dar para componer un mal día. Me reacomodé y apoyé mi cabeza en sus piernas, desde niña siempre he tenido la costumbre de hacerlo.

Mamá comenzó a acariciar mi frente y me contó lo que había platicado con sus amigas en la mañana que se juntaron para desayunar. Por supuesto que no era de mi interés saber que Rita ya quitó su consultorio oftalmológico, pero mi mamá sabía que platicarme algo diferente haría que me sintiera mejor.

Nos reímos un rato acordándonos de que hacía varios años Rita nos había invitado a un cumpleaños de su hijo, quien en ese entonces pretendía ser cantante y que cuando cantó para todos en la fiesta, nadie pudo evitar esconder el gesto de desagrado que generaba escucharlo. Pobre chico. En broma regañé a mi mamá por no haberle preguntado a su amiga qué había pasado con el sueño de aquel muchacho.

Estar con mamá, aunque sea por un par de horas siempre es un buen plan. Ya no me sentía tan enojada. Vi el reloj y me di cuenta de que tenía que apresurarme a lavar los platos si no quería que me tocara mucho tráfico hacia mi departamento. Le di un beso, la abracé y le pasé su celular para que siguiera jugando sudoku.

—Estaría muy padre tener una lavadora de trastes — insistí.

Mamá me vio a los ojos y movió lentamente la cabeza esbozando una sonrisa.



Paúl Núñez

Consejo Editorial

Editora General

Cecilia Durán Mena
cecilia@porescrito.org

Editora Ejecutiva

Andrea Fischer

Mesa de Edición y Arbitraje

María Elena Sarmiento
Virginia Meade
Andrea Fischer

Coordinación de Enlace y Relaciones Públicas

Andrea Fischer

Diseño Editorial

Dpto. de Arte y Diseño Imprecen, S.A. de C.V.

Fotografía de portada

Sin título - Laura O'Dogherty

Radio

Conducción: Cecilia Durán Mena,
Juan Carlos Padilla Monroy y Raúl Sanz Suárez

Producción del Programa de Radio:

María Inés Rendón, Productora.
Eloisa Valeria Martínez Carrillo

Cuarto de Guerra

Ángel Garay, Antonella Capacchione, Carlos Poo, Renée León,
Melanie Santillano, Ximena Basulto y Ximena Montaña

Digital

www.porescrito.org
Ventas y suscripciones
ventas@porescrito.org

Contacto

contacto@porescrito.org
55 70 90 67 51 y 55 70 90 81 15



Los textos e ideas que aquí se publican son responsabilidad de quien los firma. Pretextos Literarios Por Escrito es una revista bimestral. Número treinta. Editora responsable: Dra. Cecilia Durán Mena. Número de Certificado de Reserva de Nombre otorgado por el Instituto Nacional de Derecho de Autor 04-101416143900-102. Número de Certificado de Licitud de Título y Contenido #16609. Domicilio de la publicación: Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F. Impreso en Imprecen, S.A. de C.V. Carr. Guanajuato-Juventino Rosas Km. 12, Col. La Carbonera; Guanajuato, Guanajuato. Distribuidor: Grupo Mangolu, S.A. de C.V. Centenario 66, Col. del Carmen, Coyoacán. C.P. 04100, México, D.F.

**Esta edición consta de 3,000 ejemplares.
Circulación Febrero-Marzo de 2021.**



También estamos en:



porescritomx



@PorEscrito_



revistaporescrito



PorEscrito



Por Escrito



Revista Por Escrito

Radio Anáhuac 16.70 AM
www.porescrito.org

Por Escrito

Ultimátum

"Porque si la memoria existiera fuera de la carne no sería memoria porque no sabría de qué se acuerda y así cuando ella dejó de ser, la mitad de la memoria dejó de ser y si yo dejara de ser todo el recuerdo dejaría de ser".

Willian Faulkner



www.porescrito.org

Estamos empeñados en atrapar lectores...

para **NUNCA** dejarlos ir